

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS.

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Dos idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

ABDERRAMAN EL MAGNÁNIMO.

(Conclusion).

III.

«No, la felicidad no consiste en un vano renombre.»

Era un día en que se convocó al palacio del califa una grave é ilustrada asamblea de los mejores poetas, morabitas y legisladores, para coronar al autor de la obra mas bien escrita en el año precedente. El que obtuviese el premio debía ser paseado por la ciudad, entre las aclamaciones del pueblo, en un carro guarnecido de oro y plata. Libre el concurso para todas las inteligencias que podian concurrir, sin revelar su nombre, el soberano de Córdoba, á quien solo faltaba una gloria, aguardaba con impaciencia la hora en que el docto presidente de la asamblea colocase la corona del genio en su frente, ya adornada con tantas diademas; porque Abderraman, sin descuidar los negocios de Estado, habia compuesto en sus ratos de ocio un tratado poético de moral y legislación. Su manuscrito, como el de los demas concurrentes, solo tenia un número del orden que debía ocupar en la lectura, y nada distinguia la obra del califa de las obras de sus competidores.

¿Qué hacia Abderraman, el gran califa, mientras una legion de escritores rodeaba la tribuna en que se habia de pronunciar el voto, y la multitud de curiosos que no habia podido penetrar en el salon, admiraba allá fuera el carro cubierto de piedras preciosas, y los doce blancos corceles que sacudian con nobleza sus crines, haciendo sonar las campanillas de oro de su magnifico atalage?

Abderraman, inquieto entonces y desasosegado, porque pensaba en la suerte que podia caber á su poema, habia ido á un arrabal de la ciudad en busca de un monge anciano, cuyo profundo saber le habian alabado.

—¡Salud al califa! le dijo el anciano al verle entrar en su casa.

—¡Rerpeto á mi maestro! respondió Abderraman; y añadió: no soy el soberano que viene á honrarte con su presencia, sino el discípulo que quiere consultarte.

Cuando Abderraman espuso el objeto de su visita, el monge olvidó al califa de las Españas, para no ver mas que á un poeta sin nombre que iba á pedirle consejo, y á quien tal vez seria preciso animar. Abderraman le recitó sus versos,

y el monge le escuchó en silencio; luego que el poeta acabó, le dijo con frialdad el anciano: —¡Alcanzarás el premio!

Abderraman se levantó lleno de noble orgullo.

—Espera un momento, le dijo el monge, ¿á dónde vas?

—A recibir la corona, y decir á mi pueblo que no solo le manda un gran capitan, sino un gran poeta.

—¡Califa Abderraman! repuso el monge, te creo de un alma bastante noble para pensar que no te han inspirado un vano sentimiento de orgullo las bellas máximas de tu poema; has querido ilustrar á los hombres, servir á la humanidad y dotar á tus súbditos de verdades nuevas. ¿Qué te importa que brille en tu frente una corona mas, y ser proclamado poeta, cuando yo te llamo bienhechor de los humanos? Mira esas paredes: ¿ves esas coronas colgadas alrededor de las pilastras?.... Hace veinte años que obtengo el premio sin que los jueces sepan á quien le adjudican; mis libros han sido declarados por buenos; se ha dicho que mis máximas son útiles; las leyes que he formado las has adoptado



Mansou el barquero y el califa.

tú, y en el silencio de mi oscuro rincon he gozado con el bien que he hecho y con la gloria que me hubiera disputado la envidia. Revela hoy tu nombre, y se dirá de tu poema que es la obra imperfecta de un hombre; arrebata tu nombre á la envidia, y acaso se dirá que es la obra sublime de un dios.

Abderraman volvió á palacio cuando acababan de premiar su poema, y el presidente de la asamblea habia llamado por tres veces al vencedor para colocar en su frente la corona del poeta. Vió su triunfo, sin que tuviese necesidad de fingir modestia, y sin temor de ofender á sus desgraciados rivales con la sonrisa de placer que se escapa al menos orgulloso. Fué feliz con su victoria, pero lo fué mucho mas cuando vió en el carro triunfal la estatua velada que representaba al poeta desconocido.

Mansou el barquero soltó los remos para enjugar el sudor que corria por su frente, y Alhakem escribió en sus tabletas: «Levantar una mezquita en nombre de los bienhechores desconocidos de la humanidad; allí se regará por mi padre todos los dias.»

Después se levantó precipitadamente, y dijo al barquero:

—El tesoro del califa Alhakem te debe ahora treinta y dos monedas de oro.

—¿Y quién me los entregará que me los entregue?

—Yo, que debo ser obedecido, porque soy su rey y el tuyo.

Mansou quiso arrojarle á los pies del califa, pero este le contuvo, y haciéndole sentar en el flexible banco de su lancha, luego que el barquero volvió de su sorpresa, entonó la cuarta estrofa.

IV.

«No, la felicidad no consiste en la embriaguez del orgullo.»

Era un día en que Córdoba y Zahara celebraban el vigésimo aniversario del advenimiento de Abderraman al trono de España.

Las calles estaban regadas de flores y de odoríficas hojas; las banderolas y los estandartes flotaban en las ventanas de las casas, y mil vasos de colores adornaban los monumentos. Los músicos, colocados frente al pabellon imperial, cantaban al son de una música guerrera las gloriosas hazañas de aquel reinado inmortal, y el pueblo en su entusiasmo invocaba á Dios, gritando:

—¡Allah!

¿Qué hacia Abderraman el gran califa, mientras los cortesanos y el pueblo ensalzaban á porfía sus triunfos y su dicha?

Abderraman, encerrado en su gabinete, se puso sus vestidos de pastor, que un montañés del Atlas le habia llevado para aquel día en un cofre de madera groseramente hecho. El califa se habia quitado el manto imperial guarnecido de diamantes, y cubierto con una simple piel de carnero, ruda, cubierta de lana y apenas cosida, olvidaba el boato de la corona para recordar sus dias de tranquilidad y de miseria; olvidaba á su pueblo, y se acordaba de su rebaño, el cual mas de una vez habia salvado de

las garras del leon y los dientes de la pantera.

Abderraman fué tan feliz con sus recuerdos, que todo el día tuvo puesto el traje de pastor, y encima sus brillantes vestidos de califa.

Alhakem dijo al barquero que su tesoro le debía otras treinta y dos monedas de oro, y escribió: «Instituir la fiesta de los pastores, distribuirles todos los años un vestido nuevo: dar un premio al que guarde mejor el ganado, y presidir la fiesta con el sencillo y precioso vestido de mi padre.»

—Veamos tu quinta estrofa, dijo Alhakem, y Mansou continuó:

V.

«No, la felicidad no consiste en la venganza.»

Era un día en que debía morir en el cadalso un reo de Estado; el pueblo se agolpaba á presenciar la ejecucion, y esperaba con impaciencia el momento en que seria castigado el que se habia atrevido á rebelarse contra su rey.

¿Qué hacia Abderraman, el gran califa, mientras el verdugo acababa los preparativos del suplicio, y el sentenciado contaba con angustia los

últimos momentos que le quedaban de vida?

Triste y pensativo se paseaba Abderraman en la larga galería de mármol, donde los tigres y los leones de su casa de fieras jugaban detrás de los dorados barrotes de sus sólidas jaulas.

De pronto se paró el califa delante de su león favorito, Zaoul, que tenía entre sus garras á una liebre, la cual había entrado aturdidamente en la jaula del terrible animal. Parecía que el león se gozaba en el terror que inspiraba á su presa, y el fuego de sus ojos daba á entender que había llegado el fin de la pobre liebre.

—Zaoul, dijo el califa, ten piedad de tu víctima... la fuerza no constituye el derecho, y hay una virtud que nos ordena proteger á los débiles.

Zaoul no entendió el discurso de su amo, pero sea por capricho, sea por generosidad, levantó una de sus anchas patas que pesaba sobre el cuerpo de la liebre, y después de un momento de duda, levantó la otra pata, y volviendo la cabeza con desden, dejó partir al temeroso animal, que se deslizó como un rayo por entre los barrotes de la jaula.

Abderraman se acordó de que podía perdonar al sentenciado, y así lo hizo, sin que jamás hubiese tenido un sueño tan dulce como el de aquella noche.

Alhakem escribió: «Perdonar á Maladjami, hijo de los enemigos de mi raza.»

—¿Cuántas monedas de oro vale esa estrofa? preguntó al barquero luego que dejó de escribir el califa.

—Segun la cuenta de vuestra grandeza, sesenta y cuatro; pero no me atrevo á creer...

—Continúa, le interrumpió el hijo de Abderraman, el tesoro de la corona te debe sesenta y cuatro monedas de oro.

Mansou creyó que soñaba, y se puso á cantar. Habou-Hanife se había dormido.

VI.

«No, la felicidad no consiste en la impunidad!»

Era un día en que debía colocarse la primera piedra de una gigantesca columna destinada á perpetuar el reinado glorioso del soberano de Córdoba.

Para hacer una plaza, y aislar enteramente la columna de las habitaciones contiguas, el arquitecto, sin respetar los derechos de propiedad, había hecho derribar veinte casuchas habitadas por pescadores, que con los ojos llenos de lágrimas, llevando á cuestras sus redes y seguidos de sus pobres hijos, habían marchado en busca de otro abrigo.

Todas las poblaciones de las cercanías habían acudido á Córdoba para presenciar la imponente ceremonia, y los soldados no podían contener la irrupción de la multitud, que acabó por invadir el cerco formado con una doble barrera de hierro y de centinelas armados.

¿Qué hacia Abderraman, el gran califa, mientras cuatro esclavos negros ponían á sus pies la piedra que había de servir de cimienta, y su primer visir le presentaba de rodillas la palanca de plata sobredorada con mango de ágata oriental?.....

Abderraman miraba una veintena de mulos conducidos por aldeanos, que marchaban con los pies descalzos y un cordel al pescuezo. A la cabeza de aquella singular caravana iba un anciano de blanca y luenga barba, que llevaba en la mano derecha la vara dorada, símbolo de la justicia, y al cuello un cordón de seda y oro.

Luego que la caravana se halló á diez pasos del califa, el anciano se adelantó, y con voz entera dijo enseñándole el cordón que colgaba de su cuello:

—Estoy dispuesto á morir; pero permíteme que te hable, que ya tendrás tiempo para decretar mi suplicio.

Abderraman le dió permiso para hablar, y el anciano continuó:

—Los infelices que están de rodillas delante de tí, tenían en este mismo sitio la herencia de sus padres: rehusaron venderla, y han sido despojados violentamente, derribándose sus casas para levantar el monumento de tu orgullo. Está escrito que la única gloria que no perece es la

que se funda en la virtud, y también está escrito que no debe edificarse sobre la injusticia, porque semejante á la arena movediza del desierto, la tierra usurpada tiembla al peso de los monumentos del usurpador, y los derriba muy pronto. Para disminuir el peso terrible que debe hundirse á los ojos de Dios, yo, encargado de administrar justicia, te he condenado á sufrir por diez años que los desgraciados á quienes se ha despojado en tu nombre de su legítima propiedad, se lleven un saco de tierra, y esto todos los días, á fin de que tu usurpación se vaya descargando á medida que saquen tierra, y sus huesos puedan mezclarse al polvo que cubrió á sus abuelos.

Luego que dejó de hablar, Abderraman le miró en silencio, y después le tendió la mano, le cubrió con su manto forrado de pieles de armiño, y anunció en alta voz que la columna triunfal no se elevaría en aquel sitio, porque era para él suficiente gloria reemplazar las veinte casuchas destruidas en su nombre, con veinte viviendas sólidamente edificadas á costa de su tesoro.

Por sexta vez hizo Mansou una pausa, y Alhakem, que no había soltado sus tabletas, escribió: «Abolir en mis estados la confiscación de bienes.»

—Serán ciento veinte y ocho monedas de oro, murmuró el barquero.

—Y además prohiere á uno de tus hijos para hacerlo rico y dichoso, dijo el califa.

Mansou se inclinó con respeto, y siguió su romance mientras roncaba Habou-Hanife.

VII.

«No, la felicidad no consiste en la holgazanería.»

Era un día en que hacia un calor sofocante. En el palacio y en la ciudad todas las cortinas se hallaban cerradas, y espesas velas de lona protegían lo interior de las casas contra el ardor de los rayos del sol; en el exterior las calcinadas piedras abrasaban los pies de los animales errantes, y los arroyos que se desprendían del Guadalquivir, y paseaban por algunas calles sus limpias y cristalinas aguas, estaban á la sazón enteramente secos. Al ver cerradas todas las casas, desiertas todas las plazas, y sumida la ciudad en el mas profundo silencio, no parecía sino que el ángel de la muerte, al pasar por Córdoba, había sumergido en el eterno sueño á la población tumultuosa y alegre que prosperaba bajo el mando del mas justo de los príncipes.

¿Qué hacia Abderraman, el gran califa, mientras los magnates, rodeados de las ingeniosas precauciones del lujo y del bienestar, se hallaban al abrigo del astro abrasador, que desquebrajaba la tierra y agotaba el agua de las fuentes?

Abderraman, sorprendido por el calor del día á la vuelta de su expedición matutina, se había quedado dormido á la sombra de un olivo que extendía hasta los bordes del camino sus frondosas ramas, cubiertas de tristes y verdinegras hojas. Un cántico monótono le despertó, y vió que el que cantaba en la llanura cuando el sol vibraba sus rayos con mas fuerza, era un pobre esclavo, ocupado en cortar leña; estaba casi enteramente desnudo; corría el sudor por su cuerpo, y de su frente encorvada hacia el suelo caía gota á gota como si fuesen lágrimas. El califa se levantó, y seguro de que su grosero vestido no le daría á conocer, se acercó al esclavo.

—¿Cómo, le dijo, puedes trabajar con tanta alegría, haciendo semejante calor?

—La verdadera alegría, respondió el esclavo, nace del contento de sí mismo; yo tengo derecho para estar alegre, porque lo estoy de mí.

—Pero no de tu amo, que te espone á sufrir lo mas fuerte del calor. ¿No sabe que á estas horas el menos humano de los arrieros busca un abrigo para sus acémilas? Tu amo es un hombre cruel.

—¡Pero es mi amo! repuso el esclavo continuando su tarea. El no me ha dicho: «Trabaja,» porque soy su esclavo favorito, y me cuida lo mismo que á su hermoso perro de ganado; pero ha mandado al viejo Hadji que corte este árbol; Hadji no tiene fuerzas, y caería agobiado antes de llegar á la cuarta parte de su tarea. Hadji es

mi padre, nadie sabe que trabajo por él; esta tarde, cuando el amo venga á visitar su propiedad, encontrará cortado el árbol y no pegará á Hadji.

Después de hacer esta sencilla relación, el esclavo se enjugó la frente y prosiguió el canto monótono que había interrumpido el sueño de Abderraman. El califa le contemplaba en silencio, viendo con qué ánimo continuaba su rudo trabajo; pero de repente cogió un hacha que se hallaba en el suelo, la levantó con alguna dificultad, porque pesaba diez veces mas que la espada imperial, y después de algunos esfuerzos se acostumbró al peso del instrumento. Entonces se puso á cortar el grueso y copudo árbol, con tanto ardor como si el sol fuese menos sofocante, ó como si fuera esclavo del hijo de Hadji.

—¡Animo! le decía su compañero de trabajo.

—Animo, respondía el califa, feliz con ser partícipe de una buena acción, y pasándose la mano por la frente para enjugar el sudor. Dos horas después el árbol estaba en tierra y hecho muchos fragmentos.

—Gracias, hermano, dijo el esclavo al emperador. ¡Dios te dé hijos que te se parezcan!

—Dios, hermano, dijo el emperador al esclavo, Dios te oiga, y dé la libertad á tu padre.

Aquella misma noche ya Hadji no tenía que temer que le castigase su amo, porque un oficial procedente del palacio de Zahara había rescatado al padre y al hijo en nombre del gran Abderraman.

Cuando el barquero acabó de cantar la sétima copla, se levantó Alhakem y dijo á Mansou:

—Siéntate al lado de Habou-Hanife y dame tus remos, á fin de que se diga que el hijo del poeta Adjaíd ha sido paseado en el Guadalquivir por un barquero que se llamaba Alhakem, hijo y sucesor del gran califa Abderraman.

Mansou no quería admitir tamaño honor, pero Alhakem, empuñando los remos, le dijo:

—Honrándote á ti honro á tu padre, y no olvides que te debo ahora cuatro mil noventa y seis monedas de oro.

Cuando cesó de remar escribió:

«Consagrar todos los años una suma para el rescate de los esclavos ya viejos.»

VIII.

«No, la felicidad no consiste en vivir muchos años.»

Era un día en que Abderraman, joven entonces, cruzaba la campiña, seguido de algunos oficiales de su corte. De repente tiembla su cuerpo, se doblan sus piernas y cae en los brazos de los suyos. Muy cerca de allí se hallaba la cabaña de un pobre pescador llamado Adjaíd, que mas de una vez había deseado encontrarse con el que ya llenaba el mundo con el rumor de su gloria.

—Tu lecho, buen-hombre, dijo un oficial poniendo en medio de la cabaña el cuerpo inanimado del soberano de Córdoba.

—¡Tu lecho para el califa muerto! repitieron los otros, porque Abderraman no daba señal alguna de vida.

Correos enviados á la ciudad esparcieron la fatal noticia; del palacio, de la capital, de toda la campiña acudió una multitud inmensa, y cuando el médico del califa dijo: ha muerto, todos se prosternaron.

¿Qué hacia Abderraman, el gran califa, mientras el imán ó obispo invocaba al cielo por el alma que acababa de abandonar la tierra?

Abderraman, privado de movimiento, los párpados como si los oprimiese una mano de hierro, oía llorar á sus oficiales y á su pueblo, y al imán que decía:

—¡Salud, noble víctima de la muerte! bastante has vivido para tu inmortalidad y tu gloria, pero muy poco para nuestra ventura.

Entonces una madre se acercó con su hijo, y esciamó:

—Salud á ti, que eras el apoyo de las viudas.

Una joven se arrodilló, y dijo:

—Salud á ti, que eras el padre de los huérfanos.

Un soldado ya viejo se acercó, y añadió:

—Salud á ti, que honrabas al valor y la vejez.

Todos pasaron así por delante del lecho fúnebre, saludándole con los títulos de glorioso,

virtuoso y benéfico. Pero el llanto cesó de repente, cesaron los gemidos, y un rayo de esperanza penetró en todos los corazones; el cuerpo inanimado del califa recobró el movimiento, abrió los ojos, desapareció la rigidez de sus mejillas, y Abderraman se levantó poco á poco, incorporándose sobre la almohada.

—¡Ah! bien lo decíais, exclamaron todas las voces, no debía morir tan pronto.

—¿Qué importa, dijo Abderraman, feliz con su dolor y gratitud, vivir mucho tiempo, si los años no han sido empleados en beneficio de la humanidad? Siempre se muere á tiempo cuando nuestra muerte es sentida.

Alhakem se hallaba sobrado conmovido para que dijese una palabra al barquero: saltó de la lancha con Habou-Hanife, y se dirigió á su palacio de Zahara.

Nada mas dice la historia acerca del barquero; sin embargo, es de creer que Alhakem lo recompensó con largueza, porque al cabo de muchos siglos se descubrió en las ruinas de la ciudad de Zahara el frontispicio de la puerta de un palacio maravillosamente esculpido, y sobre el cual se leía en caracteres arábigos medio borrados: «Palacio de los hijos de Mansou, nietos de Adjaid.»

LA SOBRINA DEL BANQUERO.

NOVELA POR MADAMA DE ANGELOT.

(Continuacion).

La tímida jóven habia dicho esto en voz muy baja, y haciendo un doloroso esfuerzo... despues tomó de su bolsillo un papel, que abrió dejando ver varios billetes de banco que alargó á Silvanía; pero esta no hizo el menor movimiento....

—He tomado, dijo Cecilia, lo que pedi por los cuadros que habeis elegido; pero no admito regalos de quien parece aborrecerme, y de quien me ha rechazado con tanto desvío.

Silvanía quedó inmóvil. Desronest, aunque se hallaba sorprendido y descontento, dijo á media voz al conde:

—Los artistas son así, no tienen dos dedos de frente.

El conde le hizo seña para que se callase, pues estaba observando y no queria perder nada de las emociones de aquellas dos jóvenes.

Cecilia habia enterado de todo lo ocurrido á la señorita de Beville. Hacia una hora que estaban juntas, cuando la de Beville juzgó llegado el momento de entrar en la sala; á su vez tomó la palabra y dijo:

—¿Supongo que la señorita de Plenoel no ha podido pensar que yo la haya puesto en relacion con una persona que no fuese digna de ella?

La solterona lanzó estas palabras directamente y á boca de jarro, mirando á Desronest. Sin embargo, este no creyó que aquello iba con él.

Cecilia no pudo menos de decir:

—¡Oh, Dios mio! ¿Qué ha podido hablar contra mi este caballero?

—¿Hablar mal de vos? repuso vivamente la señorita de Beville; eso es imposible. ¡Mr. Desronest perjudicaros, sería horrible, imperdonable!

Al oír esta acusacion directa, Desronest conoció que era necesario responder, pero no se dignó dirigirse á la que le acusaba, y sonriendo con indiferencia dijo al conde:

—Habeis podido apreciar mi conducta, señor conde, y es todo lo que yo deseo; me conoceis, sabeis que soy un buen hombre, un buen hombre muy rico.

—Que se halla retirado de los negocios, continuó el conde en un tono burlon; y luego habló en voz baja al oído de Desronest para que no oyeran los otros, y añadió:

—Pero que quizás no se halla retirado de los negocios amorosos.

Su mirada leía en los ojos del banquero que le habia adivinado; pero este, en vez de cortarse se envaneció de la perspicacia del conde y tomó una espresion firme para decir:

—¡Ah! eso es distinto; la broma es buena, en atencion á que esta señorita es una alhaja.

Esto fué dicho al conde en voz baja; pero su ademán ponía en evidencia su pensamiento. Cecilia sintió el golpe tan vivamente, que no pudo menos de decir al banquero:

—Sé muy bien, caballero, que para un hombre rico como vos, la reputacion, el honor, y aun la vida de una pobre jóven como yo, no valen nada; que despues de haberla insultado en la calle, despues de haberla perseguido hasta en su casa... se puede aun...

Pero la jóven no acabó, pues la señorita de Beville la interrumpió con un grito diciendo:

—¿Cómo! ¿es él? ¡Oh! eso es horrible; ahora vais á saber lo que callaba, pues no hay mas remedio que contarlo; habeis de saber que un día una digna muger que habia padecido mucho, decia á la hora de la muerte: «Si mi hija se viese espuesta algun día en lo sucesivo á la miseria ó á la seducccion, tendria que recurrir á pesar de todo á su protector uatural, y decirle: «Etais en la obligacion de proteger á esa criatura, y vuestra hermana Felisa os lo pide como una gracia al morir.»

Desronest hizo un movimiento, repitiendo aparte:

—¡Mi hermana Felisa al morir!

Nadie pudo notar la emocion del banquero, gracias á la llegada de la condesa de Meron. Pero la señorita de Beville repuso sin dejar tiempo á que otro pronunciara una palabra:

—Si, esa niña cuyo verdadero nombre es como el de su madre, Felisa, aqui está, y se llama Cecilia para ocultar el nombre bajo el cual la habia abandonado su familia... es vuestra sobrina; si, la jóven artista es vuestra sobrina verdadera, señor banquero Desronest!

—¡Mr. Desronest! exclamó Cecilia estupefacta, hasta aquel momento no habia sabido el nombre del seductor.

No se hallaba menos sorprendido el banquero, y el rostro de su hermana, Mad. de Meron, era de los mas singulares. La señorita de Beville, conociendo que debia excusar su indiscrecion, exclamó:

—Bastante era que hubiese abandonado á su sobrina, yo no podia tolerar que tratara de seducirla.

Mad. de Meron soltó una estrepitosa carcajada.

Desronest replicó algo cortado:

—¿Pero quién ha pensado jamás en eso? Yo he creído... pero qué diablo, ¿cómo podia yo adivinar que era mi sobrina?

El conde acudió á su auxilio, y dijo con un tono burlon:

—¡Bais á su casa por aficion á los cuadros.

—Y no le he dado nunca sino buenos consejos, dijo Desronest, que habia recobrado toda su sangria fria de hombre rico.

—Vamos, responded con sinceridad, añadió dirigiéndose á Cecilia, ¿qué os he dicho? ¿Que era necesario no recibir jóvenes, que yo era hombre de toda su confianza, y esto lo decia porque antes de protegeros queria saber si érais digna de interés, si érais una jóven honrada... queria poner á prueba vuestra honradez... ni mas, ni menos.

Desronest creia haber estado muy diestro dando esta explicacion de su proceder.

Cecilia se puso encarnada, ruborizada, sin atreverse á desplegar los labios, el banquero añadió con insolencia:

—¿Cómo habeis podido pensar otra cosa?

La pobre criatura estaba tan desconcertada, que apenas tuvo alientos para tartamudear:

—Os pido mil perdones, conozco muy poco el mundo, y ademas me habian dicho que en Paris una jóven debe temerlo todo.

—Pero miradme, pues, repuso Desronest, sobre el cual, en efecto, no se atrevia á levantar los ojos.

La jóven le miró y no pudo menos de sonreirse. La juventud recobra á veces sus derechos de alegría, aun en medio de los asuntos mas serios; Cecilia exclamó ingenuamente:

—En efecto, ¿cómo he podido pensar que un hombre de una edad respetable? ¡Oh! ¡ahora me rio! perdonad mis sospechas; hice mal en temer de un anciano...

Desronest retrocedió espantado con la palabra.

Al mismo tiempo se oyó una carcajada estre-

pitosa: era Mad. de Meron que repetia la palabra anciano corriendo á Cecilia, á quien dió un beso muy grande con gran sorpresa de esta, que exclamó:

—¡La señora condesa de Meron!

—Si, la misma, que te ha besado porque le has llamado viejo... es una buena leccion para las pretensiones de jóven que tiene mi hermano.

—¡Su hermano! dijo Cecilia asustada.

—Si, mi hermano, lo que quiere decir que tú eres mi sobrina... la hija de mi pobre Felisa... ¡Fuera la vanidad! dijo volviéndose hácia el conde... Una sobrina pobre que trabajaba para vivir, á quien todo el mundo desdeñaba, y yo la primera por seguir el ejemplo... ¡Oh! es verdad, pero no sabia que tú eras mi sobrina; todavia no he llegado al punto de renegar de mis parientes porque son pobres. Cuando murió tu madre, yo era tan rica como ella; desde entonces acá, el viejo Meron hizo fortuna... Te he olvidado, es verdad, pero con su dinero, su vanidad, su posicion en el mundo y sus placeres, hay tantas cosas que hacer, que á veces hasta se olvidan las buenas acciones.

—Miradla, añadió dirigiéndose á las personas que alli estaban, miradla qué linda es... ahora la voy á dar un abrazo.

Y en efecto, la abrazó, y luego prosiguió diciendo:

—La leccion ha sido buena; con eso se le quitarán las ganas de hacer el jóven calavera.

Y Mad. de Meron continuó riéndose con toda su alma.

—Basta, basta, señora condesa, dijo Desronest; Cecilia sabe muy bien que si yo no la hablé desde luego como un tio, fué con buenas intenciones, y ahora me alegro mucho de poder decir al señor conde, que es una jóven honrada y modesta, que será para la señorita Silvanía una amistad muy apreciable, puesto que es mi sobrina.

—Y la casaremos, dijo Mad. de Meron.

—Y no trabajará mas para vivir, añadió Desronest; Paris ignorará completamente que ha sido pobre y que tiene talento; ocultaremos que ha sido artista, lo que es muy fácil con solo tomar su verdadero nombre. Haremos de ella una señorita de gran tono, que se estará con los brazos cruzados desde por la mañana hasta por la noche, ¿no es verdad, querida sobrina?

—Muchas gracias, tio, respondió Cecilia sonriendo; pero la primera cosa que deseo hacer en este instante, es dar las gracias á la señorita de Plenoel, que me concedió su proteccion, á mí, pobre y desconocida. Si esta proteccion la he perdido sin que yo sepa la causa, no por eso agradezco menos aquel primer movimiento que me hizo tan feliz.

Y luego volviéndose hácia Silvanía, añadió:

—Lo que no puedo guardar es este dinero que dejasteis en mi casa, y si no hubiera sido por mi enfermedad, al otro día os lo hubiera devuelto. Aunque pobre, no podia aceptar el efecto de una generosidad que aprecio y admiro, pero que no habria podido aprovechar sin repugnancia. Habeis dado este dinero en cambio de buenos sentimientos, ofrecidos y negados luego.

Silvanía hizo un movimiento sin decir palabra.

—Entre nosotras dos hay algo... creo que un día lograré adivinar lo que me ocultais, y Dios sabe lo que daria porque esto se realizara hoy mismo.

Silvanía iba á responder, cuando se abrió la puerta y entraron Gustavo Desronest y Emilio.

Aun estaban en la puerta de la sala, cuando Cecilia tembló, y la señorita de Plenoel se puso pálida.

Emilio se sorprendió en extremo al ver allí á Cecilia, pero en tanto que Gustavo saludaba al conde, le dijo:

—Aqui teneis la jóven artista, á cuya casa queria llevaros.

Gustavo se volvió.

Una sorpresa indecible se pintó en su rostro, y por un movimiento involuntario se acercó á Cecilia, que al verle perdió el sentido y cayó desmayada.

Emilio lanzó un grito doloroso, y Silvanía dijo:

—¡Cuánto se aman!

La señorita de Beville atribuyó el desmayo á

la enfermedad, á la salida á la calle, etc. Nadie prestaba atención á sus palabras; todo el mundo se apresuró á socorrer á la jóven; solo Desronest no se acercó, y llamando al conde aparte le dijo con mal humor:

—La llegada de Emilio es causa de eso... ya



La señorita Cecilia.

veis si se conocen... pero esto debe cesar ahora que es mi sobrina, porque no toleraré que vuelva á verla... además, supongo que ese caballero cuando sepa quién es ella se hará justicia.... pues se persuadirá de que en su situación no puede pretender... ¿No es cierto, señor conde? Me hareis el favor de colocar en el puesto que se merece á ese poeta.

El aire despreciativo con que el banquero pronunció estas palabras, habrían escitado la risa, si Mr. de Plenoel no se hubiese hallado profundamente contristado en aquel momento; así fué que respondió en un tono serio:

—Desronest, tengo que hablaros de Emilio y de vuestro hijo; pero aquí en este instante es imposible.

—Volveré dentro de una hora, señor conde, pues deseo con impaciencia oiros, y una hora bastará para arreglarlo todo. Gustavo, dijo á su hijo, vente conmigo, pues tengo necesidad de ti.

Gustavo acompañó á su padre.

—Yo no abandono á mi sobrina, dijo Mad. de Meron, ¡quiero casarla, pobre sobrina mía!

Sin embargo, Cecilia comenzaba á volver en sí; la señorita de Beville insistía porque la dejaran reposar algunos instantes en su cama; madama de Meron quiso ayudar á llevar á su sobrina, y Sylvania se halló un momento cerca de Emilio, que la miró tristemente, diciéndola:

—¿Qué pálida estais!... ¿habeis llorado?

Sylvania alzó sobre él sus hermosos ojos, naturalmente brillantes y claros; una lágrima apareció sobre el párpado, y la jóven temió no poder reprimir sus sollozos si hablaba; de modo que se quedó delante de Emilio algunos minutos silenciosa, inmóvil y pensativa.

—¡Cielos! la dijo, ¿qué teneis?

Pero ella no le respondió; solamente antes de dejarle, queriendo darle á entender que conservaba aun aquella amistad el encanto de sus primeros años, le alargó una mano que él estrechó con fuerza entre las suyas.

En seguida la señorita de Plenoel se fué á encerrar en su cuarto.

Emilio atravesaba lentamente la sala para retirarse, cuando oyó la voz de Mad. de Meron que volvía. El conde volvió de sus meditaciones con aquel ruido, y dijo al jóven:

—No os alejéis de la casa, Emilio, como teneis de costumbre ahora por días enteros. Debeis hallaros aquí dentro de una hora, pues es necesaria vuestra presencia.

—Estoy á vuestras órdenes, respondió Emilio.

Y el jóven se retiró, mientras entraba Mad. de Meron diciendo:

—Acabo de desempeñar mis funciones de tia. La jóven está mejor; era un poco de fatiga; ahora descansa, y con una hora de sueño se cura

todo á la edad que ella tiene. Es una preciosa niña, y quiero que sea feliz. Es mi sobrina, y como no me he portado bien con ella hasta aquí, voy á repararlo todo.

—Eso hace honor á vuestros sentimientos, dijo el conde.

—¡Oh! soy mejor de lo que creéis, repuso ella riendo; pero engolfada en el torbellino y las vanidades del mundo, hay á veces tantas ocupaciones, que se olvidan los buenos sentimientos. Pero esa jóven es encantadora, y desde que la he examinado, veo que es el retrato de su madre á los veinte años, cuando nos amábamos juntas como dos buenas hermanas... Estos recuerdos me han causado una impresión profunda... ¡Pobre jóven! ¡Con cuánto desden la traté el otro día! ¡Ah! es preciso que sea feliz, estoy empeñada en ello.

Mad. de Meron enjugó furtivamente una lágrima que se deslizaba de sus ojos... Esa lágrima que quiso ocultar, acababa de reconciliarla con Mr. de Plenoel, que se acercó, y por primera vez en su vida se puso á mirarla con detenimiento.

Mad. Meron había pasado de los cincuenta años, porque era la hija mayor de la familia; pero sus ojos, vivos aun, sus carnes frescas, su buena salud y su expresión naturalmente alegre, la habrían dado un aspecto agradable todavía, si bajo el pretexto de aparentar la dignidad de una señora noble, no hubiese encogido los labios y tomado un aire altanero y desdenoso que en aquella fisonomía bastante comun producía un efecto desagradable.

En aquel momento olvidaba el papel que desempeñaba en el mundo, y el buen sentimiento que le devolvía su naturalidad la favorecía mucho.

El conde no pudo menos de decir.

—Eso está bien, señora...

Y despues de titubear un poco añadió:

—Señora condesa.

Mad. Meron se volvió vivamente riendo, y dijo con sorpresa:

—¡Señora condesa! Ya está dicho; es la primera vez, señor conde, que me dais ese título que me pertenece, pues me ha costado mi dinero; pero.... se diría que os ha escocido la lengua.

—¡No lo creais! dijo el conde sonriendo.

—¡Oh! estoy segura de ello.

—¡Cómo! respondió Mr. de Plenoel, siempre risueño; pues debeis estar segura de lo contrario, y desde hoy en adelante vereis cómo nunca se me olvida decir: señora condesa.

Mad. Meron tomó un aire de alegría de mu-



Mad. de Meron.

ger vulgar, que aunque era muy comun, como era natural, era agradable.

—A fé mia, señor conde, quiero dispensaros de ese trabajo, dijo sencillamente Mad. Meron; soy una buena muger, aunque quizás no lo parezca para algunos; pero vos sois un hombre de talento y discrecion, y nada puede perder el que con vos se porta con franqueza. ¡Ah! Sois

muy distinto de aquellos que ocupan en la sociedad vuestra misma gerarquía, entre los cuales no se ve mas que la afectación y la mentira.

El conde estaba asombrado con la metamorfosis de Mad. Meron; y ella queria esplicarle el enigma enteramente.



La señorita Sylvania de Plenoel.

—Yo cuando tenía veinte años no era rica... pero era hermosa, buena y tenía talento; tales eran mis dotes en el mundo financiero; todos decían: ¿Quién es esa jóven? y la pregunta iba seguida siempre de esta respuesta desdenosa: Mad. de Meron. Un día mi marido, que era un buen hombre, aunque interesado y avaro, sale bien en una especulación, nos enriquece y muere. Dios le tenga en su gloria, á pesar de su amor al dinero. Sin embargo, no conocia él, ni yo tampoco, todo lo que vale el oro en nuestro tiempo; pero muy luego noté un aire diferente cuando decían: Es Mad. de Meron... Mi nombre era mas sonoro, pues llenaba la boca de aquellos que antes lo pronunciaban con la punta de los labios. Era tan retumbante como los millones que me habia dejado Meron, ni mas ni menos.

Al decir esto Mad. de Meron soltó una gran carcajada.

—¡Muy bien dicho! exclamó el conde con ese tono afable que se emplea al reconocer á una persona que vale algo.

Mad. de Meron, animada por el conde, continuó:

—Pero la gente de dinero me fastidió, y quise ver el mundo de los nobles. Una amiga de colegio, enlazada con las mas grandes familias, y á quien tuve la suerte de encontrar en un momento en que podia hacerla un gran servicio, me presentó en el gran mundo con estas mágicas palabras: ¡Es una viuda millonaria! que por lo visto son una llave de oro que abre todas las puertas. Si hay alguna verdad en la tierra, es esta, ¿no es verdad, señor conde?

—Convengo en ello, respondió Mr. de Plenoel con su afable sonrisa.

(Se continuará.)

MISCELANEA.

P. ¿Cuál es la cosa mas rápida que hay?

R. El pensamiento, porque en menos de un minuto se puede ir desde Madrid á Pekin, y volver.

P. ¿Cuál es el mes en que hablan menos las mugeres?

R. El de febrero, por ser el mas corto de todo el año.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.